

Destrucción de la arquitectura vernácula campesina en los Andes ecuatorianos

Mauricio ARRATA¹

Resumen: Una incorrecta comprensión de lo que puede significar el progreso en el área de la construcción para América Latina, puede ser atestiguada por la sistemática destrucción de la arquitectura vernácula campesina en los Andes Ecuatorianos. Las construcciones autóctonas, guardan con el entorno natural, una relación de armonía, no sólo estética, sino fundamentalmente ecológica, dado que utilizan los materiales que les son proveídos por la naturaleza circundante. Y si bien, estas padecen de algunos problemas estructurales que las vuelven frágiles ante los movimientos sísmicos, su riqueza, variedad y habitacionalmente, representan valores comunitarios propios de la cultura a la que pertenecen. Que las estrategias de construcción vernácula estén en peligro, implica también poner en peligro la propia identidad cultural.

Palabras clave: arquitectura campesina, destrucción, Andes ecuatorianos, construcciones vernáculas

Abstract: A wrong understanding of what it can mean progress in the construction area for Latin America, can be witnessed by the systematic destruction of rural vernacular architecture in the Ecuadorian Andes. Native constructions, saved with the natural environment, a harmonious relationship, not only aesthetic, but mainly organic, since they use materials are provided by the surrounding nature. And while these suffer from some structural problems that become fragile to earthquakes, their wealth, variety and habitacionalmente represent own culture they belong to community values. That strategies of vernacular building in distress, means also endanger cultural identity.


Keywords: rural architecture, destruction, Ecuadorian Andes, vernacular buildings

I

Se entiende por arquitectura vernácula a las edificaciones construidas espontánea y naturalmente, con materiales propios del entorno natural, es decir, al aprovechamiento de los materiales que se tienen a la mano por parte de quien se propone edificar, generalmente una vivienda, y, en ciertos casos, inmuebles con significación económica, tales como graneros, establos o corrales.

Como es de suponer, en nuestros Andes esa utilización de materiales propios tiene su origen en la tierra, en la madera que la proporcionó históricamente el chahuarquero en el pasado, y los árboles circundantes, en especial el eucalipto, introducido en el Ecuador en la segunda mitad del siglo XIX; pieles o cuerdas de fibras vegetales para amarres, paja para techos y cubiertas, la misma que fue progresivamente reemplazada por la teja de tierra cocida.

¹ Licenciado en Restauración y Museología, Magister en Conservación y Administración de Bienes Culturales. Como conservador de patrimonio cultural viene realizando construcciones tradicionales nuevas, y a la par, observando e investigando las causas socioeconómicas por las cuales la población rural abandona o destruye las construcciones tradicionales. mauricioarrata@mao.com.ec
www.mao.com.ec



Nos referimos históricamente a una etapa en la cual el proceso de edificación está caracterizado por dos hechos. El primero, la ausencia de técnicos propiamente dichos, entiéndase arquitectos o ingenieros titulados, que, luego, mucho más avanzado en el tiempo, impondrán rupturas y patrones estéticos extraños, propios de edificaciones citadinas. El segundo hecho importante es que las construcciones vernáculas se realizaban por parte de los mismos propietarios y siempre bajo sistemas de mingas, en colaboración con familiares y vecinos.

De otra parte, las construcciones se integraban al paisaje circundante no solo por las características señaladas, sino por el diseño y el modo de construirlas. Hay que anotar que, dadas las diferencias espaciales entre las diferentes zonas geográficas de los Andes, estos procesos de construcción generaban, con al pasar del tiempo, técnicas algo diversas, lo que conducía a una verdadera especialidad en el proceso de edificación en cuanto a la manera de utilizar unos mismos materiales y al tipo o forma de lo que se construía. Así, un tapial en Imbabura no será igual a uno en Pichincha, y aún en una misma provincia, no será el mismo sistema de construcción de un tapial en Tocachi, comparándolo con las parroquias rurales del actual Distrito Metropolitano de Quito.


Este tipo de casas fue común en nuestra serranía hasta avanzado el siglo XX, década de los sesenta, al menos, cuando progresivamente va siendo reemplazado por el uso de materiales de construcción y diseños no compatibles y ajenos al entorno. La cuestión se agrava cuando, al finalizar este mismo siglo, por los efectos que causa la migración, nuevos valores de vida y los efectos de demostración propios de clases sociales en ascenso, imponen tipos de vivienda diferentes.

Es preciso anotar que, aunque respetando los valores estéticos tradicionales, las edificaciones campesinas, basadas en una tradición empírica, adolecían de ciertos problemas constructivos, pues, por ejemplo, eran desconocidas las técnicas apropiadas para resistir a los frecuentes eventos sísmicos producidos en la región. Así, en casos como el terremoto que afectó buena parte de la Sierra Central en agosto de 1949, muchas de estas construcciones fueron destruidas por la onda sísmica frente a insuficiencias de carácter estructural.

De otra parte, es posible identificar una división en las características de este tipo de edificaciones. Los factores que permiten esta división son: la altitud y el clima; éste último como consecuencia del primero. Por ejemplo, una será la construcción en el páramo y otra muy diferente la de zonas bajas del altiplano o valles.

Es importante citar una cuestión relativa al desarrollo en el tiempo de este tipo de edificaciones. La choza campesina de un solo cuarto, en el cual se integraba la satisfacción de varias necesidades a la vez: dormir, reposar, preparar los alimentos, comer y así vía, va proyectándose a edificaciones en las cuales, si bien cambian los materiales empleados, -la paja de la cubierta se reemplaza por la teja-, sigue persistiendo el empleo de la habitación única para todos los menesteres de la vida diaria.

De este punto de partida, la influencia colonizadora hispánica produce un cambio en la vivienda campesina, el momento en el cual las familias amplían el número de habitaciones de la misma, utilizando un corredor exterior que permite la comunicación entre las habitaciones. Este proceso, más que una real apropiación de nuevas formas y técnicas constructivas y un consciente aprovechamiento de las mismas, es el resultado de exigencias de orden social, en tanto su satisfacción significa la adquisición, o al menos, la intención de adquirir un estatus social más elevado.



Como el tema que aquí trato alude específicamente a construcciones en el campo, resulta también ilustrativo recordar que algunos de los materiales que se utilizaban en estas edificaciones provenían del entorno. Por ejemplo, los adobes eran fabricados con la tierra existente en el sitio a construir, la madera de chahuarquero o de eucalipto provenían de los campos o bosques de la zona. En cambio, a medida que se iban produciendo modificaciones en el uso de materiales, el aprovisionamiento de éstos no necesariamente tenía un origen similar; las tejas, por ejemplo, venían de ciertos hornos en los que este material se fabricaba al por mayor y en ocasiones en lugares distantes. En todo caso, aunque pueda parecer una reiteración, el elemento fundamental que permitía el avance de la construcción, no era otro que la minga, proceso de participación comunitario que suplía cualquier carencia.

Todo este proceso no puede desligarse de un contexto socio económico como producto de una realidad social propia de la economía campesina, elemento que se manifiesta en la vivienda.

II

Actualmente, este tipo de edificaciones atraviesa por una crisis debido a la presencia de varios problemas prácticamente inevitables.


El primero de ellos está vinculado con una especie de negación de la identidad que se manifiesta en forma reincidente en la conducta de muchos ecuatorianos, y no solo en este campo sino en algunos otros como los de la alimentación, la indumentaria, los medios de diversión, lenguaje, entre otros. Ello conduce a una desvalorización de las antiguas casas campesinas, a las técnicas tradicionales de construcción en ellas empleadas y, en contra flujo, a una progresiva carencia de los materiales indispensables para su mantenimiento.

Por añadidura, las generaciones jóvenes, en su aspiración por alcanzar una supuesta mejor ubicación en el rango social, desprecian este tipo de edificaciones, que son consideradas incompatibles con la vida moderna y con el estatus social que aspiran alcanzar en un futuro inmediato. Ello es más notorio en el caso de quienes, por razones preferentemente económicas, han tenido que emigrar a otros países o, en otros casos, del avance incontrolado del proceso de urbanización que afecta a zonas rurales vecinas a las grandes ciudades. Como es sabido, el fenómeno de la urbanización es resultado de un cambio en las formas de producción económica, que ha ido relegando el empleo de mano de obra en la actividad agrícola.

Y este último elemento produce, además, un interesante cambio en la forma de apreciar los valores estéticos y constructivos, buscando transferir al campo, patrones característicos de una ciudad muy poblada, incluyendo sus barrios periféricos. Desde esta perspectiva, se produce como una especie de degradación estética de las formas arquitectónicas a seguir y una especie de masificación en los términos dentro de los cuales se busca construir la vivienda propia.

A esto se une el consabido “efecto demostración” que, como una especie de torrente, se propaga entre las familias, con el efecto negativo que es de suponer. Por ejemplo, una familia puede sentirse superior a otra si es que está en capacidad de contratar la fundición de una losa en su vivienda, si dispone de una terraza, si sus ventanas son de aluminio y de vidrio y, más todavía, si éstos son de color y reflejan la luz, para dar la ilusión de un espejo.

Como se ve, lo que para estas personas constituye un logro, no es otra cosa que un cambio de consecuencias negativas en lo que comúnmente se denomina “el buen gusto”, sin



que por ello se pretenda considerar que ciertos patrones estéticos importados desde hace mucho tiempo, puedan ser exclusivamente la expresión de un buen gusto arquitectónico.

El mercado influye también en las dificultades que se presentan para la supervivencia de estas construcciones tradicionales. Por ejemplo, a la relativa escasez de ciertos materiales - tal como antes se mencionó- se suma la falta de mano de obra conocedora de las técnicas apropiadas de construcción en estos casos, las dificultades de mantenimiento -más fácil es que se deteriore el enlucido de una pared de tierra que el de una de bloque de cemento-, aspectos a los que se añadiría la dificultad de comercializar la vivienda en una posible venta futura y el valor más bajo que posiblemente este tipo de construcciones tenga en el mercado inmobiliario en su momento.

No hay que olvidar, entonces, que las casas construidas con tierra, en ausencia de mantenimiento, son más proclives al deterioro a mediano plazo, esto debido a la naturaleza misma de la composición de sus materiales y por una consecuente resistencia menor a los factores climáticos propios de la serranía, en especial la lluvia.

Por todas las razones antes anotadas, hay quienes afirman que se ha llegado a la última etapa de esta de arquitectura, situación criticable y alarmante, más aún si consideramos los factores positivos que supone la conservación de nuestras tradiciones, manifestadas en estas edificaciones patrimoniales.


Es importante mencionar una interesante tendencia mundial, una apreciación de personas con cierto nivel de educación, cultura e ingresos económicos; pero, especialmente, con una sensibilidad que les permite valorar y estimar como positivos los valores culturales, tradicionales y ancestrales. Estas personas consideran este tipo de edificaciones deseables, lo que los motiva a recuperar algunas construcciones antiguas; y además, se pueden apreciar nuevas construcciones en tierra destinadas para vivienda, adaptando positivamente nuestras tradiciones a la actualidad; otorgando, aunque sea de manera simbólica, una nueva oportunidad a estas edificaciones.

III

La pregunta que habría que hacer en este punto, es si estas casas campesinas, dispersadas por la serranía, merecen atención de los poderes públicos, en especial, de las entidades encargadas de la protección del patrimonio cultural y natural.

El Estado, si en verdad viene ejecutando acciones de protección a través de proyectos de conservación y restauración de la arquitectura tradicional andina, especialmente en centros poblados, éstos se realizan en forma dispersa y esporádica y son a todas luces insuficientes, más aún si se hace una comparación cuantitativa con los niveles de destrucción que ocurren de continuo. De otra parte, nada hace el Estado para estimular y promocionar construcciones nuevas con técnicas y materiales tradicionales.

Al recorrer los campos o los pequeños centros poblados de la región andina, llama la atención una gran cantidad de casas abandonadas, muchas de ellas en avanzado estado de deterioro y otras en irreversible proceso de destrucción. Asimismo, muchas casas de este tipo que siguen siendo habitadas, no siempre cuentan con instalaciones básicas como electricidad, agua potable, servicios sanitarios y alcantarillado. Empero, habría que abandonar la idea de que este tipo de construcciones campesinas debe seguir al pie de la letra patrones ciudadanos, pues también se deben considerar aspectos propios de la vida del campo, lo cual supone no solo otras realidades de entorno, sino concepciones de vida y costumbres diferentes a las de una urbe.



Las preguntas que en este punto se formularían estarían relacionadas con la validez de la recuperación de la arquitectura tradicional, cuál la razón de ello y para qué. De una parte, se destacan aspectos de orden patrimonial, pues estas casas constituyen una especial manifestación de la cultura de los ecuatorianos, desarrollada a lo largo de muchos años y que hay que preservar. De otra, estas edificaciones, al incorporarse al paisaje rural, constituyen una unidad y acierto estéticamente hablando.

A lo dicho, hay que añadir otros aspectos, como el referido al costo de la construcción, considerablemente menor en este tipo de edificaciones, lo cual, desde un punto de vista social, es una alternativa válida para familias que, en procura de una vivienda, no disponen sino de recursos económicos limitados; o el relativo al impacto ambiental de la construcción misma, que es mínimo si se estima que cada uno de los materiales empleados regresarían a su estado natural, al momento de cumplir su vida útil, con todos los beneficios que esto supone desde el punto de vista ecológico.

No se debe descuidar tampoco una visión utilitaria desde el turismo. Muchas comunidades alrededor del mundo han encontrado en las actividades turísticas una importante fuente de empleo. Cada vez más se demandan bienes y servicios propios del llamado turismo rural o comunitario. Así, el viajero o turista cultural busca sitios auténticos donde se reflejan los modos y costumbres verdaderas de sus habitantes. Con la desaparición de la arquitectura tradicional se desvanecerán importantes escenarios de atracción turística que no podrán ser suplidos por construcciones modernas, por más comodidades que ellas presten.

En resumen, en un país donde la conciencia del valor del desarrollo está presente, no se puede dejar de lado la preservación del patrimonio histórico, cultural y natural. Se ha hablado hasta la saciedad de la necesidad de construir un país sobre las bases de la memoria y una manera de hacer práctico este postulado es, precisamente, cuidar la arquitectura tradicional campesina en todas sus expresiones. Y para ello, al interés del Estado por instrumentar políticas públicas al respecto, se une el de los propietarios o habitantes de aquellas casas tradicionales modestas que aún existen, quienes, ante la pregunta, responden emotivamente y expresan su disposición por mantener estas edificaciones, legado de sus antepasados, y recuerdan de inmediato la generosidad que durante décadas estas bondadosas casas han brindado a sus familias.